

El conflicto palestino-israelí: las posibilidades de paz, la Hoja de Ruta

Riad Malki

Director

Panorama, Center for the
Dissemination of Democracy
and Community Development,
Jerusalén

El conflicto palestino-israelí se está convirtiendo en uno de los más antiguos de los tiempos modernos. Contiene múltiples capas de complejidad, incluyendo los elementos más peliagudos tanto del ser humano como de la religión, lo que le convierte en el más singular de su clase. Es fuente de inestabilidad regional y de inquietud en todo el mundo. Ha configurado el rostro de Oriente Próximo de la manera más dramática, impulsando un sentimiento de regresión en contra de la modernidad, el progreso y las reformas. Engulle a la mayoría de los países árabes en su fuego abrasador, forzando la solidaridad colectiva entre los árabes y elevando el conflicto a dimensiones superiores. Todos los países del mundo se sienten implicados en dicho conflicto por diferentes razones: por ser árabes, musulmanes, no aliados, vecinos o mediterráneos; por razones estratégicas; por un punto de vista religioso, histórico, humanista, anticolonialista o solidario; por ser sionistas, por pertenecer a los grupos de presión judíos, o simplemente por agradar a la administración estadounidense.

Han pasado más de cincuenta y cinco años desde la Nakba palestina o la liberación israelí, y el conflicto está empeorando en términos de sufrimiento humano, y aún ha aumentado más su complejidad a raíz de la creación de nuevas realidades fácticas sobre el terreno, así como la convicción de que el

conflicto es irresoluble. Las guerras de los últimos cincuenta años no han eliminado a Israel. La completa ocupación de los territorios palestinos, la expulsión de sus habitantes, convertidos en refugiados y reemplazados por colonos israelíes, tampoco ha eliminado a los palestinos, ni la dimensión internacional de su causa.

Sólo en la última década hemos empezado a ver un serio interés internacional en buscar el modo de poner fin al conflicto. Fue la segunda guerra del Golfo la que animó a la conservadora administración estadounidense a tratar de concitar el esfuerzo internacional para imponer un diálogo oficial en Madrid y unas negociaciones en Washington con la intención de acordar una fórmula para la paz. La administración estadounidense se había dado cuenta de la influencia que el conflicto ejerce tanto en los árabes como en los musulmanes, y había comprendido la relación que tiene dicho conflicto con la estabilidad en Oriente Próximo y con la necesidad de asegurar el suministro de petróleo a Occidente.

Siempre estuvo claro desde nuestra perspectiva que sin una implicación sería de Estados Unidos en el conflicto no habría una paz real y duradera, aunque muchos observadores consideraban que la idea de hacer que los estadounidenses desempeñaran el papel de mediadores resultaba una tarea imposible debido al apoyo de la administración norteamericana a Israel. Aunque apostaban por un mayor papel de la Unión Europea, los palestinos se daban cuenta de que los europeos preferían seguir el camino de Estados Unidos en lugar de marchar en cabeza. Así pues, los palestinos se encontraban atrapados en una situación sin sa-

lida: no podían rechazar el exclusivo papel estadounidense en ningún esfuerzo en favor de la paz pese a su protección y apoyo incondicional a Israel y, por otra parte, no podían encontrar la menor predisposición por parte de los europeos, o de los árabes, o de la comunidad mundial, para emprender o encabezar acción alguna más allá de los eslóganes y las palabras. Tal situación resultaba ventajosa para Israel, puesto que es Estados Unidos quien marca la pauta, y seguirá haciéndolo, siempre a expensas de los derechos y necesidades de los palestinos.

Los acuerdos a los que se llegó a partir de Oslo no fueron aplicados ni refrendados por las dos partes, aumentando así el sufrimiento humano ya existente y complicando aún más el logro de una posible paz. Han pasado diez años desde que se firmó el acuerdo de Oslo en la Casa Blanca, y la situación sobre el terreno es aún peor. Los garantes de Oslo fallaron a los propios firmantes, fallaron a los pueblos de Palestina y de Israel y, en consecuencia, se fallaron a sí mismos. Tras el fracaso de Oslo, la administración estadounidense trató en distintas ocasiones de superar aquel fracaso a través de una serie de reuniones maratónicas entre palestinos e israelíes, lo que dio como resultado un colapso total, confirmando el hecho de que debía haber una solución impuesta a ambas partes, o una intervención activa y justa de una tercera parte con presencia internacional para mediar entre las dos partes en conflicto y poner fin al sufrimiento humano como primer paso hacia una solución permanente. Por desgracia, la administración norteamericana se mostraba firmemente en contra de una implicación directa en el conflicto debido al rechazo israelí ante

tal posibilidad, y rehuía ejercer cualquier presión para forzar a Israel a que aceptara poner en práctica lo que había acordado en primera instancia, dañando su reputación como mediador imparcial y obligando tanto a los palestinos como a los israelíes a cuestionar todo el proceso realizado bajo el patrocinio estadounidense. La administración norteamericana necesitó más de seis meses para anunciar su propuesta de plan de paz, la denominada Hoja de Ruta. La administración Bush no estaba dispuesta a obligar a Israel a situarse en una posición negociadora no deseable. Y aunque finalmente la anunció, Estados Unidos eliminó automáticamente el papel de los otros miembros del Cuarteto, y sólo les permitió un virtual papel de consulta basado en reuniones distanciadas. Mientras que los líderes palestinos aceptaron el plan incondicionalmente, al Gobierno israelí se le concedió la ventaja de presionar a la administración estadounidense en favor de determinados cambios en el acuerdo antes de que se hiciera público, y llegó incluso a condicionar su aceptación a la introducción de catorce modificaciones básicas que, de ser aceptadas, socavarían íntegramente el plan y lo transformarían en un documento completamente distinto.

La continuación de la Intifada, las incursiones israelíes en los territorios palestinos y la reocupación de la tierra palestina, el cierre y el asedio, la destrucción total de la infraestructura de Palestina, por no mencionar los civiles asesinados en ambos bandos, han asestado un duro golpe al plan de la Hoja de Ruta, y han obligado a Estados Unidos a replantearse su implicación directa. Aun así, dicha implicación no

ha sido la que se esperaba, y la administración estadounidense, consciente de las próximas elecciones presidenciales, no está ejerciendo la presión ni dedicando los recursos humanos que cabría esperar.

La primera fase del plan propugna la eliminación de la situación actual, desde la violencia hasta las actividades de los asentamientos, pasando por diversas reformas y la negociación de una retirada israelí, así como la recogida de las armas ilegales. La situación de espera en tanto no se realicen tales acciones es la que, en esencia, evita que los dos bandos lleguen a ningún compromiso y, sin una implicación amplia y directa de Estados Unidos, en ninguno de los dos bandos existirá el menor deseo de cumplir su parte. Acordar el envío únicamente de entre ocho y doce observadores oficiales estadounidenses no era la respuesta esperada en el bando palestino, pero fue la exigencia israelí la que en última instancia forzó a Estados Unidos a actuar conforme a ella. Entre ocho y doce observadores establecidos en sus despachos en Jerusalén no pueden suponer ningún progreso como el que se esperaba que tuviera lugar. La segunda fase propugna la creación de un Estado palestino con fronteras temporales, un concepto que carece de interpretación legal y de precedente histórico. El temor entre los palestinos a que lo temporal se convierta en permanente es fundado. Sharon nunca ha ocultado su estrategia de ofrecer a los palestinos sólo el 42 % de Cisjordania y la Franja de Gaza como entidad autónoma, lo que no está lejos de la idea propuesta en la segunda fase de la Hoja de Ruta. Si se añade la

construcción del muro de separación que se tragará más del 58 % del territorio palestino, dejando sólo el 42 % restante, tal como se proponía tanto en la Hoja de Ruta como en la estrategia de Sharon, el temor palestino aumenta aún más. Los palestinos piden que se elimine la segunda fase del plan por temor a quedar atascados en la misma para siempre, y con menos de la mitad del territorio.

Pese a esos temores, los palestinos creen que la Hoja de Ruta les proporciona la única oportunidad de progresar a través del proceso de negociación. La Hoja de Ruta les ofrece por primera vez en la historia la posibilidad de tener su propio Estado independiente para el año 2005. De hecho, los palestinos han pedido una intervención y una implicación estadounidense e internacional más rigurosas, temiendo siempre que, si se deja el plan condicionado a las intenciones de Israel, jamás se produzca progreso alguno. Por primera vez en la historia existe un consenso mundial sobre un plan de paz; y por primera vez, pese a su papel virtual, el Cuarteto representa a los principales actores de la política mundial y contiene los ingredientes necesarios para el éxito requerido, basándose siempre en un compromiso serio de las terceras partes y en una seria voluntad de cumplimiento de las principales partes en conflicto. Insistimos, sin embargo, en que la mera voluntad de estas últimas no es suficiente para realizar ningún progreso, y éste requiere la implicación directa y profunda de terceras partes. Hasta ahora, la Hoja de Ruta carece de ambos elementos; aun así, si actualmente existe alguna posibilidad de paz, ésta se halla oculta en la Hoja de Ruta.